



Teología de bolsillo

Como brisa o como huracán

Juan Ignacio Vara

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en su casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros." Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo." Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos." (Juan 20, 19-23)

Los escritores del N. Testamento estaban viviendo la explosión vital de aquellas primeras comunidades, en las que había cuajado el deseo de Jesús de que el mundo ardiera, de que las personas se quisieran, de que la esperanza no se repartiera a cuentagotas y solo a los de casa. En escasos cuarenta años se habían encarnado en ambientes muy diversos, superando la resistencia atávica de quienes llevaban la Alianza Antigua sembrada en su mente y hasta en sus genes. Habían enterrado ya a algunos mártires, absurdamente asesinados por el Imperio, como pasó con el Maestro. Comunidades que celebraban la vida, permeables a la presencia del Señor resucitado, testigos ellas mismas de esa resurrección para la vida de todo y todos.

La comunidad de Juan nos entrega el regalo del Espíritu sin vientos huracanados y sin llamas sobre la cabeza de cada uno de los asistentes a la comida. Quizá esa comunidad no estaba para festejos y sí necesitada de paz y de que el amor se tradujera en perdón y en perdones. En el texto que compartimos, "Pentecostés" es el mismo domingo de la resurrección; no hay dos pascuas, es una sola Pascua porque no puede separarse la vida resucitada de Jesús del Espíritu que siempre, desde la primera página de la biblia, ha estado allí donde Dios hace brotar la vida. Y todo es ¡tan sencillo! Jesús solo exhaló sobre ellos su aliento, que llegaría a los más cercanos como una caricia. Os empujará hacia donde se hayan roto los puentes del amor para repararlos. Os recordará qué es lo que os hace ser mis amigos queridos y os llevará en volandas más allá de los miedos irremediables por la finitud de todo lo que es historia.

En otras de sus páginas, el evangelio de Juan habla del Espíritu (14, 15 ss.) como "defensor", enviado por el Padre en nombre de Jesús, que "nos enseñará todo y nos irá recordando todo cuanto él nos dijo". Él será y es nuestra memoria. Él no se ha ausentado de las comunidades ni de los corazones. Él está viniendo siempre porque el Padre no nos abandona. Así que, atentos, estamos en alerta roja. Sigue habiendo Franciscos y rescatistas y médicos y reporteros y soñadores sin fronteras. Hay fuego en muchos corazones. Mujeres y varones haciendo cirugías inverosímiles en hospitales de campaña y en campamentos de refugiados. El Espíritu trabaja en ellos.

Tanto en el texto de Juan como en la florida narración de Lucas que también compartimos hoy, cuando el Espíritu llega, hay una comunidad reunida, porque en ninguna parte se nos dice que el Espíritu ande haciendo aterrizajes a la carta. Hoy, que tanto se habla y se escribe sobre cómo tiene que ser la iglesia de Jesús, tendríamos que preguntarnos si nuestras reuniones de creyentes son comunidades a la espera del regalo prometido por quien vive entre nosotros, resucitado. Saquemos la esperanza a la ventana, no sea que se nos apague la llama por no haber pagado la factura del gas. Pentecostés es todos los días. ¡Con Dios!